

Escritos no convencionales. Franquezas experimentales y otras formas de comprender en antropología

CAMILO ERNESTO LOZANO-RIVERA

Magíster en Psicología Cognitiva. Profesor Universidad Católica de Manizales, Colombia.

✉ clozano@ucm.edu.co

ORCID: 0000-0002-2395-6684

📖 [Google Scholar](#)

LUIS ALBERTO SUÁREZ-GUAVA

Magíster en Antropología Social. Profesor Universidad de Caldas, Manizales, Colombia.

✉ luis.suarezg@ucaldas.edu.co

ORCID: 0000-0002-0432-8674

📖 [Google Scholar](#)

Los ensayos

Cuando hicimos la convocatoria para un libro de artículos de gente que hubiese estudiado antropología con la esperanza de que escribieran lo que quisieran escribir o que escribieran sueltos, elegimos entre tres denominaciones. La que más caló fue un plagio: Nunca un esbirro. En cualquier caso, un plagio homenaje que recuperaba para la convocatoria una frase repetida con su habitual inteligencia por Miguel Rivera Fellner, profesor de antropología en la Universidad de Caldas. No rendirse a los encantos de la medianidad. No estar conforme con ser un seguidor. No ponerse un uniforme para ejercer la violencia con impunidad. Nunca esbirros.

Nos sedujo la idea de hacer pública una colección de textos tranquilos, rayados, encantados o deprimidos, pero escritos con ganas. Con la fluidez de lo sensible. Tuvimos la convicción de que el quehacer de la antropología da frutos que todavía no están plasmados por escrito y que podrían escribirse. Una enorme fe en que eso que pomposamente llamamos “la práctica antropológica” produce llamados de atención capaces de conmover al mundo o hacer algo por alguien. No nos era ajena la esperanza de que los coqueteos de quienes hacen antropología con la música, con la literatura, con las artes plásticas, con los movimientos contraculturales o con las luchas variadas del mundo contemporáneo, alimentaran ese conjunto.

Pero también teníamos en mientes la existencia de cierta antropología apócrifa acerca de la cual, y con la cual, Mauricio Caviedes ha investigado. Una antropología no canónica que lejos de los círculos del juego académico ha contribuido a darle forma a políticas públicas o a movimientos sociales. Una antropología que vive en la urgencia y produce textos urgentes y necesariamente faltos de pretensión. Nos preguntamos por el tipo de textos que podrían ser los evangelios de esa antropología, vertida en la lógica del funcionario o en las luchas siempre al borde del acontecimiento. Lastimosamente, las mismas circunstancias que hacen apócrifa a esa búsqueda, hace casi imposible para nuestros colegas sacar el tiempo que necesita todo texto para aproximarse a su mejor versión. ¿Cuál sería el testimonio de esa antropología apócrifa? ¿Cuál sería la forma de esos escritos? Con seguridad los iremos conociendo porque son trabajos urgentes aquellos que cuenten la vida de la antropología en las instituciones y las multivariadas facetas de las profusas formas que toma el campo: las pequeñas luchas diarias, las decepciones y los logros silenciosos y sin autoría.

Quisimos, primero, organizar un libro. Pero como la vida va llevándose a sí misma mientras los proyectos se desvanecen, nos dimos cuenta de que ese libro, si salía, estaría condenado debido a las políticas del papel que todavía aturden a las editoriales universitarias, que producen textos destinados a enfriarse en los anaqueles mientras los autores compartirán PDF parciales y sin la esperanza de ser leídos como conjunto. A uno de nosotros ya le pasó que el esfuerzo de libro tuviera que circular en un generoso trueque de PDF cortados: una maravilla y una pena, porque el conjunto en estos casos es mucho más que la sumatoria de las partes. Al tiempo, la RASV se iba poniendo al día en la difícil tarea de la supervivencia de las revistas científicas en Colombia. Y se juntaron el hambre con la gana de comer. Nosotros ya teníamos un conjunto de textos atrevidos y la RASV tenía un proceso depurado de evaluación y la audacia para explorar los bordes de lo convencional en un formato abierto para todas las personas que quieran leer y, además, abierto a la discusión. Hay que decir que algunos de nuestros textos no llegaron al punto de partida: el comprensible temor de ser llamados irrelevantes o de no haber hecho lo suficiente por hacer comprensibles a los textos o la vergüenza siempre al acecho cuando se trata de escribir sin escudo. ¿Y sin espada?

Pero en cambio llegaron otras apuestas que no habíamos contemplado y que nos señalaron horizontes no advertidos y riquezas no bien comprendidas, hasta ahora.

Además, llegaron escritos que desbordaron las categorías a la mano para clasificarles. Porque no detentaban género alguno, ni comunión manifiesta, ni tampoco la rigidez de los artículos obligadamente académicos, redactados a menudo por encargo de alguna universidad mutando en empresa. Estos son los textos *trans*; como prefijo esta unidad léxica ha sido empleada para referir el atravesamiento o el cruzamiento en innumerables situaciones y aconteceres. Pero como una forma sustantiva su empleo ha sido menos oneroso. Un texto *trans* no necesariamente atraviesa o cruza; pero esto no se debe a que en dichos textos se ponga en práctica una cierta “confusión de clases” que conduzca a la refiguración del pensamiento social, como anunciaba con tono apodíctico Clifford Geertz en 1980. La condición *trans* expresa más bien la facultad de los textos que anunciamos de franquear pistas semánticas y sintácticas de discursividades diferentes entre sí, unas veces más próximas, otras veces decididamente apartadas. Otras veces signadas por el desconocimiento de sus intersecciones.

Son, en el sentido estricto, ensayos. Son productos de búsquedas, disciplinadas o indisciplinadas, como toda investigación viva. Las investigaciones vivas nunca se restringen a una sola disciplina. Estas indagaciones cuestionan también las formas de presentar la búsqueda. Por eso, también, ensayan. Por supuesto, nos afiliamos a esa larga saga de buscadores del contenido en la forma; de gente que sospecha de las formas prefabricadas; de gente que expone el contenido en el continente. Creemos que un honesto resultado de investigación debe tener la forma de la investigación.

No son ensayos fáciles. No son resultado de escrituras automatizadas para hacer valer puntos. Tampoco son fáciles de leer. Como son generosos, piden atención. Como los vientos que saben su rumbo, nos arrastran y nos dan volteretas y nos dejan la sensación de haber sido testigos. ¿Qué mejor cosa podría decirse de la buena antropología?

En “Lo uno y lo múltiple”, Lucía Sánchez muestra una búsqueda partida, llena de dudas y afirmaciones honestas, que viaja al pasado y al futuro, escrita en ese indeterminado presente de las cosas que se escriben. Con una prosa galopante nos lleva a quienes leemos a un centro para refugiados en la Italia de comienzos del siglo XXI, a las humildes y portentosas intrigas de la vida estudiantil de finales del siglo pasado en la Universidad Nacional de Colombia y al descubrimiento de los abismos del pensamiento. Nos hace unos con ella, en ese remolino minúsculo y cósmico en el que estamos cuando estamos siendo. Y nos abandona en una esquina, pero no nos deja iguales a como éramos cuando no la habíamos leído.

“El mito de Claudio Becochi”, de Mauricio Caviedes, es un ensayo de mitología histórica de la antropología colombiana. Pero más que eso, es una apuesta de investigación en lucha desde la escuela indígena nasa. ¿Cuál de las dos sendas puede leerse en una sola sentada? Creemos que ninguna. Nuestros textos piden atención. Una adaptación de la leyenda del jinete sin cabeza sobre la experiencia fabulada de un antropólogo en los años 80, nos pide otras lecturas y reclama una reflexión sobre la antropología que hace quien lee. Es falsamente simple lo que escribe Mauricio Caviedes. Esa provocación para que los niños de la escuela de la vereda La Laguna corrieran a sus casas a averiguar la historia verdadera, es un buen ejemplo de lo que haría una antropología en lucha, sin lanzar juegos pirotécnicos celebrándose a sí misma. A diferencia de muchos textos de la antropología reciente, no se sorprende por su propia inteligencia. Más bien la abandona en pos de lo que hay que hacer.

A partir de la incompreensión manifiesta por la locución “ser pinchao”, con la cual sus vecinos lo clasificaban, el ensayo de Camilo Lozano Rivera ofrece dos caminos claros. Uno de ejercicio académico con toda la pertinencia que reflexiona sobre las interacciones rururbanas, la cotidianidad, la significación, las relaciones entre lo local y lo global. Y en cada una de esas puntadas se amarran argumentos informados y juiciosamente pensados. Y hay también otro texto paralelo que corre con los descubrimientos de un joven profesor de antropología que vive en una zona rural cerca de la ciudad en la que trabaja. Una verdadera brega etnográfica que es una brega vital en la que muchos nos reconocemos. El honesto reconocimiento de cierta impertinencia, la admiración manifiesta por los conocimientos de otras vidas, la vida de quienes somos pasándonos mucho más de cerca, si eso es posible, porque la antropología, lo que quiera que eso sea, pasa siempre en nuestras vidas.

Y lo descubrimos, cuando lo hacemos, con el paso de los años. Así nos lo deja saber David Marulanda en su indagación sobre la andadera de los embera que él conoció en Caimalito (Pereira, Colombia). Su trabajo empezó en 2014 y pese a que en 2015 tuvo que escribir una tesis, es hasta ahora que logra empezar a reconocer lo que le han estado enseñando desde esa época. Se trata de una búsqueda en proceso que tiene como centro las categorías de los emberas: ellos saben que han tenido que *criarse andando*. Marulanda presenta las enseñanzas de sus maestros embera, persigue a la andadera en la literatura etnográfica y con eso va a plantear una conversación con Luis Guillermo Vasco y con Tim Ingold. Al ser tal vez el más clásico de los textos de este volumen, es también uno de los más arriesgados. Alguna lectura podría señalarlo como falta de objetividad por “literario”. Creemos que esa pretendida distancia

entre lo literario y lo etnográfico o lo antropológico es una falsa tensión. Tal vez sea la razón por la cual a veces quienes escriben antropología, no en este número, se refugian en la mala escritura o la escritura de molde, que tal vez obedezca a un desprecio criado por la rabia que les produce la buena escritura.

Algunos de quienes llegamos a la antropología tuvimos todo por aprender. En otros casos no ha sido necesariamente así. La experiencia de la antropología como una saga de florecimientos, motivados por la exposición de los sentidos a las reverberaciones de realidades heterogéneas, antes incluso de llegar a la antropología, es lo que cuenta Sofía Lara Largo en su manifiesto relativista. Esto último derivado de un compromiso oficioso adquirido en la experiencia fascinante de la variabilidad, revelada en ejecuciones musicales, libros y lugares, así como en la diferencia que irradian gentes y contextos. El concepto mismo de diversidad supone afinar los recursos atencionales hacia la diversificación; remanentes de la panoplia inabarcable de lo diverso, se ofrecen a la sensibilidad de quien se arroja a describir: una apuesta cercana a lo que se quiere instalar cuando se emplea el latinismo *Genius Loci*, que no es algo que se hace al espacio sino algo que el espacio hace. Como hacen la vida y la antropología con uno y no uno con ellas.

La vida, ese concepto por lo general inconmensurable, acopla los rudimentos y los intersticios de la dotación biológica y de la cultura, en la condición específica, acumulativa y compleja que hace ser al *Homo sapiens*. Partiendo de la premisa de que esta especie llega al mundo ya cargada de cultura, Diego Díaz Córdova plantea el desafío de hallar, mediante pasos a la vez lacónicos y temerarios, lo que en la antropología de Gregory Bateson se entiende como *la pauta que conecta*. En un relato que discurre siempre a través de la misma inflexión –los ciclos vitales son a la vez biológicos con expresión estadística y culturales con expresión cualitativa– se va postulando la posibilidad de integrar niveles de análisis diferentes entre sí, evadiendo las clasificaciones arbitrarias tanto como las objetivizaciones recalitrantes. La clave de sentido reposa sobre la comprensión de la simultaneidad de los ciclos vitales (al mismo tiempo biológicos y culturales), como sustituto analítico y antropológico de la pesquisa de un orden basado en la secuencialidad de las causas y los efectos, para refrendar la multiplicidad de interpretaciones culturales sobre los signos de la naturaleza.

El de naturaleza es, no obstante, un término que no siempre es lo suficientemente abarcativo y puede conducir a formas soterradas de omisión. Un ejemplo de ello lo señala David Arias en su artículo

estructurado alrededor de una entrevista a la antropóloga Valentina Villegas Arias, quien desplegó trabajo de campo etnográfico en inter-llocución con comunidades negras del Casanare, Colombia. El empleo del término naturaleza para definir, por ejemplo, comunidades negras ribereñas, tiene un valor descriptivo importante, pero a la vez deja por fuera de la definición a la gente negra de las ciudades o, simplemente, a quienes orientan su existencia a partir de prácticas culturales diferentes. Los procesos organizativos, las luchas colectivas, la reivindicación del derecho territorial y la apropiación son temas que no pierden vigencia conceptual ni política en la antropología colombiana; pero la forma de mostrar cómo se incrustan en la fluidez de las interacciones en el campo para conformar una perspectiva antropológica sobre problemáticas nacionales, deviene un ejercicio trascendente que requiere la exploración de los géneros y una especial volición para componer un texto que hile los testimonios anidados en el decir de la gente, en el hacer de la antropóloga y en los diferentes meollos que emergen de la intersección entre ambas realidades.

Las formas de escribir y las formas de comprender

Escribir de otras formas porque algunos de los argumentos que encontramos quienes hacemos antropología desafían el sentido común y también la lógica del *paper*. A veces domesticamos los textos de tal manera que sean acomodables a esa forma, pero sabemos que en esa presentación pierden su sabor. Se parece a cuando se acomodan las recetas populares/campesinas/telúricas a los procedimientos de la cocina urbana de clase media alta. La categoría *gourmet* no está lista para incorporar la rusticidad dentro de sus técnicas. Aplica también para la escritura antropológica. Por supuesto, ello supone que lo que encuentra la investigación es cierto sabor y que para estos casos uno de los retos de la antropología será el de mantener ese sabor con su dureza, su picante, su robustez o su aroma. Con su vigor organoléptico.

Detrás de los llamados a escribir de otras formas en antropología, eventualmente de formas cercanas a la literatura, está la certeza de que hay formas distintas de comprender. Además de formas distintas de expresión de la comprensión, que requieren la puesta en marcha de un repertorio menos tieso de las infinitas fintas de escritura. Ir a saltos y matizar los puntos de apoyo de cada salto, de cada tropo, buscando como los *tricksters* mediar entre lo que no ha tenido mediación; extrapolar identidades para reconciliar lo que se presume separado por abismos, mediante manio-bras performáticas que por lo general dejan perplejos a los que prefieren divertirse y conocer en línea recta. La propuesta de ir a saltos no coincide

con algún fetiche procedimental ni con una arbitrariedad rampante. Alude a la situación indeterminada de quien hace antropología, al mismo tiempo implicando su existencia en el decurso de los acontecimientos y tomando distancia de los mismos. Ir a saltos entre la implicación y el distanciamiento crea una tensión útil para acercarse a las dinámicas socio-culturales y para situar los intereses de los interlocutores de la etnografía en contextos específicos.

Y volvemos al inicio. ¿Qué pasaría si a quienes se formaron en antropología les da, por una vez, por escribir textos que les complazcan? Conviene exponer más de una vez el fastidio que presenta para muchos de nosotros esa antropología de las revistas que compiten en las diversas modalidades de indexación y citación. Especialmente porque, como consecuencia de que se ajustan a un formato, leemos siempre el mismo artículo. Y como es conveniente, detallemos incomodidades.

La estructura de los artículos de investigación o de revisión es siempre igual: unos se reducen a la enunciación de unas referencias teóricas para “examinarlas a la luz de un caso” y descubren que esas referencias son “iluminadoras”; otros agrupan tipos de trabajos sobre temas diversos con la esperanza de encontrar una pregunta relevante o de pescar citas que incrementen el índice H. La jerga, no solo la disciplinar sino también esa de quienes se declaran al margen de las disciplinas con la expectativa manifiesta de crear otras fronteras, que apelmaza nuestros textos, un “antropologuez” excluyente, no sólo excluye las posibles lecturas, sino también –y sobre todo– las posibles escrituras. La estrechez de las múltiples correcciones políticas alarga innecesariamente textos que ni siquiera tienen sensibilidades incluyentes. La obligación erudita de parecer informados que a través de los mecanismos de evaluación se manifiesta en la exigencia de la inclusión de esta o aquella referencia, reiterando los lugares comunes que en muchos casos no se han transitado o se creen superados a través de la citación de un tercero, de esos que hacen estados del arte o, peor, de esos que viven del ejercicio civilizador de traer al tercer mundo a los autores no traducidos o leídos escasamente.

Creemos que esto puede depender del conocido efecto Mateo. Robert Merton, en 1968, formuló el problema de la distribución desigual y concentrada en unos cuantos nombres de los reconocimientos dentro de la estructura social de la ciencia. El hecho de que quienes son más citados se citen todavía más y quienes rara vez se mencionan tiendan a desaparecer del panorama académico, probablemente coincida con una distribución de Pareto y no con una curva de Gauss, tal y como es el caso

de otros tantos fenómenos de importancia capital para el análisis de la sociedad y la cultura, como por ejemplo la distribución de la riqueza, de la tierra o de los *hub* más importantes en la Internet. Ante esta distribución autoorganizada, inercial, de las referencias y citas académicas autorales es que vale la pena estimular posturas antagónicas, anárquicas, en el sentido filosófico del escepticismo con respecto a las justificaciones de la autoridad que tienden a reproducirse de manera irreflexiva.

Aquí está, dispuesta, la primera antología de esos textos que quisiéramos leer y que quisiéramos escribir, conjugando esfuerzos para superar los requerimientos disciplinantes a los que más o menos pasivamente nos hemos ido acostumbrando, cediendo a la domesticación. Creímos necesario no solo incomodarnos con los rasgos de esa irreflexiva costumbre, sino buscar otros espacios. Buscamos estimular la producción de textos que difícilmente se publicarían en otra parte.

La franqueza experimental

La unidad de los textos que presentamos en esta entrega de la *Revista de Antropología y Sociología Virajes* no estriba en la temática. Se debe a la promoción de la escritura animada por la antropología pero sustentada en una suerte de franqueza experimental.

A despecho de lo que sería más idóneo, una fracción importante de los textos de antropología que hemos estudiado en los últimos años generan en su versión final la sensación de que son francamente falsos, no en términos de las evidencias presentadas o de los pasos operativos que siguieron con su relativo juicio, sino por la acomodación reiterativa y obligatoria de los textos a los cánones restrictivos de presentación y evaluación, que están vigentes en la casi totalidad de los procesos editoriales. La franqueza experimental no debería ser cosa rara en las revistas de investigación en ciencias sociales. Son ciencias experimentales de muchas formas. ¿Por qué parecerá rara a estas alturas, si no es porque nuestra aceptación de los formatos quiebra la condición experimental y la franqueza textual de nuestros manuscritos?

Las paradojas a las cuales nos enfrentamos son múltiples. Por un lado, la política de publicaciones académicas hasta 2016 evaluó los procedimientos editoriales que serían garantías de pertinencia y calidad. El principal requerimiento, la evaluación ciega por pares (con el cual estamos en total acuerdo), tiene un nudo gordiano en los formatos de evaluación, muchas veces uniformados e impuestos por algunas disciplinas que se

consideran más científicas. Cuando los formatos no se acondicionan según las características de las disciplinas no solo se impide el crecimiento de estas, sino que empezamos a publicar el mismo texto, ya lo hemos dicho. Lo que no hemos dicho es que, como se trata de un mismo texto, generalmente amarrado a los argumentos repetibles según la teoría de moda, es un texto que ya fue leído antes y que no será citado. A partir de 2016 el criterio para mantener a una revista indexada es el índice de citación. Entonces, quienes escriben en antropología y otras ciencias sociales se ven abocados a dos asuntos extremos: o escriben textos tan novedosos como para que eventualmente sean citados o escriben textos francamente amarrados a una forma establecida y buscan publicar en las revistas que son citadas, con la esperanza de ser citados.

No sabemos cuál será el camino de la RASV, pero nosotros, los editores invitados de este número, apostamos por lo francamente experimental. Por los textos con imaginación, con juegos literarios, musicales, teatrales y, sobre todo, decididamente plásticos, *i.e.*, dotados de plasticidad. Una muestra de eso es lo que le da textura a este número.

Lo *trans* es también, por cierto, una circunstancia notoria. Toca voltear a mirar estos textos en su desfile al tiempo orgulloso y preocupado. Detenerse un rato a sorprenderse por sus franquezas y sus franqueamientos. Son francos. Parecen “desembarazados, libres y sin impedimento alguno”, como dice la RAE. Pero también, como dice la misma fuente, “sencillos, ingenuos y reales en su trato”. ¿Cómo más sino como franco podemos tratar a un texto que se reconoce como un requisito para volverse antropólogo? ¿O a uno que declara ser la adaptación de un cuento de Washington Irving? ¿O a uno que dice haber descubierto la antropología desde la cuna? ¿O a otro que dice tener por maestras a unas personas que viven en la pobreza en los bordes de una ciudad latinoamericana? ¿O a uno más que reconoce el tono burlón de sus amistades y se empeña en comprender por qué?

Y de franquear, además de “traspasar”, dice la RAE “donar liberalmente y con generosidad”. La característica tal vez más extendida de la buena antropología, tal vez por la influencia de Tamati Ranaipiri o de los Kwakiutl, tanto como la de Mauss, es la generosidad. Contra las recomendaciones del modo de vida que domina al mundo, la buena antropología enseña generosidad. ¿Qué es si no generosidad lo que hace a estos ensayos? Generosidad con quienes leen porque no se encontrarán con el texto repetido sobre textos repetidos. Generosidad de quienes escriben por entregarse, por una vez, a un texto que querían escribir.

Pero no solamente textos que querían escribirse y que dan más de lo que normalmente se da. Son verdaderas aventuras. Experimentos de franqueza y franqueamientos experimentales. Hilos sueltos de una trama siempre más grande que nosotros. Lianas que caen en la espesura y por las cuales podríamos subir a cobrar refugio y ganar perspectiva. Cuerdas tiradas por la borda para que algún náufrago en el picado mar de las promesas académicas logre amarre. El panorama no es magnífico ni es desolador: acaso sólo muestra otras formas de estar en el mundo.